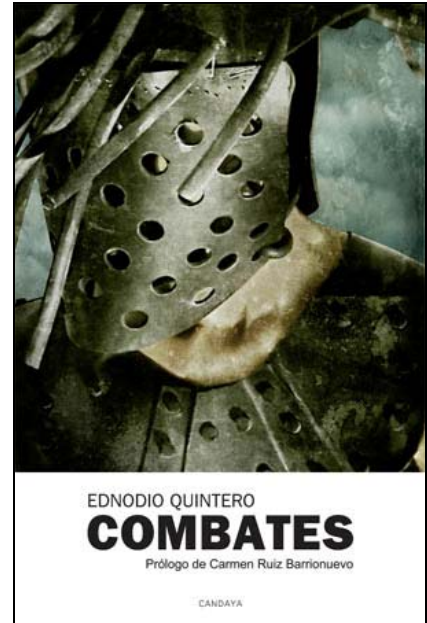


Ednodio Quintero

Combates

Candaya Narrativa 13
ISBN 978-84-937077-2-9
336 págs.; 21 x 14 cm
PVP 18 €

Los cuentos completos de un maestro del género



LA OBRA

Con *Combates* (1995-2000) iniciamos la publicación de los cuentos completos del escritor venezolano Ednodio Quintero. *Ceremonias* (1974-1994) recogerá el resto de su producción cuentística.

Combates reúne los relatos de madurez de Quintero, los que lo confirmaron como indiscutible maestro del género: los cuentos recogidos en *El combate* (1995), *El corazón ajeno* (2000) y algunos relatos inéditos. Desde esa "poética del vértigo", que define su estilo y que sacude de forma radical todos nuestros sentidos, Quintero prescinde en sus cuentos de las referencias al uso de lo cotidiano y de lo accesorio para enfrentarnos a unas pocas experiencias esenciales que parecen nacer de la alucinación y el delirio: la caída, la huida, el regreso, las metamorfosis, el cuestionamiento de la propia identidad, las pérdidas, el erotismo destructor, la obsesión analítica por verlo y observarlo todo -como si en su retina llevara instalada una poderosa lente de aumento- y, por encima de cualquier otra consideración: la obstinación por resistir las duras exigencias de estar en este planeta azul y hostil, expresada en su vocación por el combate. El combate desigual de un ser habituado a la derrota, pero que jamás claudica, el combate del que pareciera estar purgando un delito del cual no es consciente, acaso el delito de haber nacido, y que, sin embargo, nunca renuncia a buscar una salida y un sentido a la existencia.

El escritor venezolano Gregory Zambrano considera que la narrativa de Ednodio Quintero "puede definirse como una poética del vértigo, una forma de decir (de escribir) que tiene un ritmo acelerado, una pulsión que sacude de manera frontal todos los sentidos y nos lleva por una serie de pasadizos secretos o, mejor, por un interminable laberinto donde finalmente encontramos un acto de reconciliación con la certeza de la vigilia".

En *El gesto de narrar* (interesante antología sobre la narrativa venezolana actual), Julio Miranda define la obra de Ednodio Quintero como una "Narrativa de ecos, de reflejos, de circularidades múltiples. Narrativa de borradores que se van afinando a cada nueva versión. Narrativa de muñecas rusas, unas dentro de otras. Narrativa de crecimiento vegetal, orgánico, recorrida por una misma savia, siempre

enriquecida. El encierro, con la polaridad entre el encerrado y su antagonista (su doble o la mujer liberadora); las metamorfosis; el esquema de *western* (duelo y trasfondo de violencia rural); las perversiones, desde un erotismo provocador, de ribetes sacrílegos, hasta el canibalismo; la exploración de la infancia, la mujer mágica..." Temas todos ellos, como el propio Quintero reconoce, "muy contemporáneos y muy clásicos".

EL AUTOR

Ednodio Quintero nació en 1947, en Las Mesitas (Trujillo), *un lugar agreste de la alta montaña de los Andes venezolanos*. Un paisaje austero y alucinado que se ha convertido en registro y cadencia de su voz personalísima. Reside en Mérida (Venezuela), a donde llegó en 1965 para estudiar Ingeniería Forestal y en cuya universidad fue, posteriormente y durante muchos años, profesor de Letras y Medios Audiovisuales. En Mérida, Ednodio Quintero ha promovido diferentes proyectos culturales (la revista y editorial Solar, el taller literario TAL, la Bienal Nacional de Literatura "Mariano Picón Salas"...) y ha escrito (con algunos paréntesis en los que vivió en México, España y Japón) casi toda su obra literaria.

A Ednodio Quintero, le gusta moverse por todos los formatos de la narrativa: el relato hiperbreve (algunos de sus minicuentos, como "Tatuaje" o "Álbum de familia" han sido considerados obras maestras del género), el cuento largo, la novela y la noveleta (esos "relatos de treinta o cuarenta páginas que no llegan a ser una novela" pero que tampoco son "cuentos en el sentido de Poe, con un final espectacular"), género por el que confiesa tener especial predilección.



Un silencio de diez años separa sus tres primeros volúmenes de cuentos -*La Muerte Viaja a Caballo* (1974), *Volveré con mis Perros* (1975), *El Agresor Cotidiano* (1978)- de su narrativa actual, que se inicia cuando a los cuarenta años "luego de una inmersión tragicómica en mi infierno personal, comencé a vivir o al menos, se me ofreció una segunda oportunidad". A esta nueva etapa pertenecen sus volúmenes de cuentos *La Línea de la Vida* (1988), y su primera novela *La danza del jaguar* (1991), para muchos una novela de culto. Luego siguieron las novelas cortas *La Bailarina de Kachgar* (1991), *El rey de las ratas* (1994) y *El cielo de Ixtab* (1995) y los libros de cuentos *Cabeza de cabra y otros relatos* (1993), *El combate* (1995) y *El corazón ajeno* (2000).

Sus dos últimas novelas, *Mariana* y *los comanches* (con la que Candaya inició en 2004 su colección de Narrativa) y *Confesiones de un perro muerto* (2006), magníficamente acogidas por la crítica, refirman las rotundas palabras de Enrique Vila-Matas: "Ednodio Quintero es el mejor novelista venezolano de su generación". Quintero es también autor de dos libros de ensayos: *De narrativa y narradores* (1996) y *Visiones de un narrador* (1997) y dos guiones cinematográficos: *Rosa de los vientos* (1975) y *Cubagua* (1987).

Gran conocedor de la tradición literaria japonesa, Ednodio Quintero ha escrito numerosos artículos sobre Mishima, Murakami, Tanizaki o Kawabata (de estos dos últimos ha supervisado la traducción de algunas de sus obras). También ha impartido cursos y dictado conferencias en la Universidad de los Andes (Mérida, Venezuela), en la Feria Internacional del Libro de Bogotá o en Tokio, donde vivió durante un año como becario de la Fundación Japón.

Considerado uno de los escritores más importantes de la literatura venezolana actual, Ednodio Quintero ha sido galardonado con los más destacados premios literarios de su país: el primer Premio de Cuentos de *El Nacional*, de Caracas (1975); el Narrativa Breve del ICI (Instituto de Cooperación Iberoamericana) por *Soledades* (1992); el Narrativa del CONAC (Consejo Nacional de la Cultura) por *La Danza del Jaguar*, en 1992; el "Miguel Otero Silva" de la Editorial Planeta por *El Rey de las Ratas*, en 1994; "Francisco Herrera Luque" de la Editorial Grijalbo-Mondadori (1999) por *El corazón ajeno*, obra recogida en *Combates*.

Con su discurso "Me llamo Vila-Matas", Ednodio Quintero fue el orador de orden en el acto de investidura del doctorado *honoris causa* que, en julio de 2009, concedió la Universidad de los Andes al escritor español Enrique Vila-Matas.

LA CRÍTICA HA DICHO:

"El método experimental de Quintero: la realidad resulta insólita, no por sus fantásticos portentos, sino por la manera en que es razonada. Su argumentación depende de un rigor severo, pero tiene algo de desfasado, a veces perverso, definitivamente alterno. Las piezas se ensamblan conforme a un plan provocador o aun demencial. Pocos narradores han explorado en forma tan aguda las posibilidades de la inteligencia como síntoma de la enfermedad. Las historias de Ednodio Quintero están hechas de rodeos, planteamientos que vuelven sobre sí mismos hasta llegar al sitio donde sobreviene la revelación. Desde su alta ventana, Ednodio Quintero inventa abismos y remedios para el vértigo." Juan Villoro.

"Quintero hace de la invención y la escritura una necesidad, no importa si alimentada por el vértigo de la memoria o por las novelas de Patricia Higshmith o por los culebrones. Nos ha enseñado todas las cartas de la baraja y hemos sucumbido al encanto de su inteligencia." Juan Antonio Masoliver Ródenas (Culturas. La Vanguardia).

"En Ednodio Quintero no importa la trama en sí, importa cada línea de lo contado, la conciencia de trabajar con la escritura." Carmen Ruiz Barrionuevo (Renacimiento).

"Los caminos que ponen en contacto la realidad y la ficción, el arte y la vida, son los transitados por Ednodio Quintero. Nadie puede esperar que para lograrlo el autor recurra a una forma expresiva convencional; los relatos de Quintero demandan una lectura simbólica plagada de pasajes metafóricos de difícil interpretación. Pero eso es acaso lo más estimulante." Arturo García Ramos (ABC Cultural).

"Ednodio Quintero nos ha acostumbrado a entender la realidad desde estratos de papeles escritos que se solapan, que entran y salen uno del otro, bifurcándose entre sí para el encuentro ulterior, un encuentro, que en sus relatos y novelas se articula y afirma en la mixtificación interior, como un origami cuya concreción ha de comprenderse desde adentro. Los temas del mundo ednodiano vuelven a irrumpir fatalmente: la construcción de una realidad siempre frágil a partir de lo insólito, la venganza liberadora, la mujer única como objeto de deseo y de condena, el no sé qué de lamentable y cruel de todo espíritu y andanza." Edmundo Bracho (Letras Libres).

"Si se me preguntara qué hay de terrible en la literatura de Ednodio Quintero, yo respondería que lo terrible es la reconversión hiperrealista del acto imaginativo." Victoria de Stefano (Guaraguao).

“Quintero hechiza con una prosa que muestra y difumina con sapiencia aquello que se dice y se esconde hasta el momento justo, recurso que halla la rendición incondicional de un lector atrapado por un texto lleno de sutiles matices... Una prosa directa y concisa que acaso sin proponérselo trasciende lo explícito para sumergirse en las profundidades del alma humana.” Oscar Carreño (Lateral).

ALGUNOS FRAGMENTOS DE *COMBATES*.

El sol se hundía en las lejanísimas montañas coronadas de nieve, veteadas en los flancos por líneas verdosas, rayadas de carbón. Yo avanzaba a través de un sendero pedregoso dejando a mis espaldas un rastro de sangre. Me detenía el tiempo justo para respirar y luego reanudaba mi implacable marcha pues no quería que la noche me sorprendiera a descampado. Abrigadas en las sombras, las fieras o las aves de rapiña me acosarían sin piedad, y en aquel estado de indefensión, ¿qué resistencia les iba a ofrecer? Moverme me causaba daño, ya que, prácticamente, ninguna región de mi cuerpo había escapado al castigo. A decir verdad, mis heridas no eran de muerte, pero este hecho no me consolaba. ¿Qué ventaja se derivaba de aquella circunstancia? Morir no era mi mayor preocupación. Ya habría tiempo para ocuparse del trance final.

Mientras avanzaba apoyándome en alguna raíz enterrada en los salientes rocosos, me invadía una rara sensación, semejante a la desilusión o la tristeza. No obstante, su verdadera naturaleza no era fácil de definir. Yo me había habituado a la derrota, mi destino estaba entretejido por la traición. Entonces, por qué habría de afligirme esta nueva caída siendo que ella no era más que una reiteración, otro eslabón en la cadena. Acaso, por primera vez, tuve conciencia de que aquel sentimiento, el que fuera, rebasaba mis propios límites y se precipitaba en el vacío.

Había librado un combate desigual, y supe desde el primer momento que no tenía la más mínima posibilidad de resultar vencedor. Pude eludir el encuentro pues nada me obligaba a someter mi cuerpo a semejante escarmiento. Sin embargo, una fuerza para mí desconocida sostuvo mi decisión. ¿Acaso me solazaba en el dolor? No lo creo, no ha sido el dolor mi aspiración esencial. Al menos, voluntariamente, no me expongo a la crueldad. Ahora, ante mi piel desollada, de nada servían los pensamientos. Cualquier hipótesis resultaba superflua. Pero no podía dejar de pensar; al contrario, imágenes y voces fluían incontenibles, fustigándome y atormentándome, convirtiendo mi huida en un vía crucis mental.

Escuchaba la risa burlona del enemigo, escudado detrás de la máscara de hierro, y aquella risa endemoniada era preferible al silencio pues opacaba su irritante respiración, silbante y persistente como el zumbido de un moscardón. Y cuando al fin cesaban la risa y el silencio, en algún lugar de mi memoria surgía nítida una figura familiar –cuyos rasgos habría reconocido entre una multitud–. Se incorporaba en su tumba y me increpaba con palabras terribles, que llegaban a mí desfiguradas por la lejanía, astilladas por el viento de la eternidad, y que hacían vibrar mis oídos como una maldición. ¿Estaría yo condenado a oscilar el resto de mis días entre carcajadas de burla y voces muertas? A través de aquel odioso contrapunto se filtraba, débil –e inconfundible–, un sollozo. Yo había traspasado no sé cuántos umbrales del sufrimiento, pero el sonido de mi propio llanto no lo iba a soportar. Arranqué un puñado de hierba seca mezclada con tierra y taponé mi boca para sofocar mi voz. Y reanudé la marcha dispuesto a no dejarme arrebatado por ninguna imagen del pasado, pues sabía que en aquel territorio de cenizas, y no en mi cuerpo desvalido, se centraba mi debilidad.

“El combate” (fragmento)

Ya era la tercera vez que la gitana entraba al prado, y ella sabía que su presencia me irritaba. La amenacé de nuevo con soltarle los perros, pero pareció no darse por enterada y se quedó merodeando por los alrededores del caserón. Yo estaba dispuesto a librarme de la intrusa, mi paciencia tenía límites, y me encaminé en dirección al pabellón de caza en busca de los doce galgos encerrados en jaulas de madera. La gitana me alcanzó y halándome por la manga del jubón me preguntó: «¿De verdad, señor, piensa echarme los perros?». Vi en sus ojos, negrísimo y húmedos, un ramalazo de terror; temblaba de miedo. Peor para ella, pensé. Con voz serena confirmé la sentencia: «Sí, muchacha, los azuzaré contra ti. Así que, puedes comenzar a correr». Luego me escuché diciendo una insensatez: «Pero no te preocupes, es sólo un sueño». «¡Un sueño!», repitió y sus ojos desorbitados brillaron con tonalidades de azabache y carbón.

Cuando todas las jaulas estuvieron abiertas y los perros ladraban y se empujaban inquietos delante del portón, les señalé la presa, una mancha colorida, como una sucia bandera, que se agitaba en la colina. La jauría salió en estampida, y yo, satisfecho, enrumbé mis pasos hacia la caballeriza. El alazán, que permanecía siempre ensillado, golpeaba el piso de piedra con los cascos de las patas delanteras. Pronto partí al galope por el camino de la colina. No quería perderme los detalles de la carnicería. Alcancé la cima y desde aquella posición tuve una visión espléndida del valle. Los perros corrían a saltos rítmicos, como gimnastas en una exhibición, y la gitana, con el cabello al viento, y de tanto en tanto volteándose para atisbar a sus perseguidores, se empeñaba en mantener una ventaja cada vez más precaria. En pocos minutos le darán alcance y la despedazarán, pensé, y clavé las espuelas en los ijares de mi cabalgadura.

“Caza” (fragmento).